

Los disfraces axiológicos de la cultura del poder

Georgina Alfonso González

Investigadora. Instituto de Filosofía.

*¿Y qué ciudad tendrá un color marchito,
porque una vida no dejó nada escrito?
¿Qué sueño tendrá hambre de una palabra,
de una gota de sangre?*

Silvio Rodríguez

La humanidad vive los últimos días de su siglo xx sobre una paradoja: el vertiginoso desarrollo científico-tecnológico abre enormes posibilidades al ser humano para mejorar sus condiciones de vida; sin embargo, las relaciones de explotación y dominio que lo engendran permanecen inmodificables en su esencia. Y son estas relaciones las que producen las riquezas junto a las desigualdades, el buen vivir junto a las injusticias sociales, la modernización junto a la exclusión. Así, el avance de la humanidad en la ciencia y la técnica contrasta con el deterioro de las condiciones sociales y la decadencia cultural.

La fuerte incidencia del imaginario capitalista sobre los referentes teóricos, prácticos y valorativos de la sociedad, grupos e individuos, limita los horizontes culturales y los circunscribe, en lo fundamental, a lo económico. La ideología neoliberal, que se impone como única alternativa sociohistórica para lograr la efectividad del sistema social,

presenta las contradicciones y conflictos sociales como manifestaciones de disfuncionalidad que se deben a desajustes institucionales o son consecuencias del mal desempeño de ciertos funcionarios públicos.

Como recurso legitimador del sistema capitalista, se insiste en proponer alternativas exclusivamente dentro de los mecanismos autorregulatorios del proyecto social neoliberal, del cual dependen las posibles soluciones a los males y conflictos. De este modo, se eterniza el imaginario que reproduce el discurso hegemónico del capital, según el cual, los conflictos de interés son solo circunstanciales; lo predominante, lo absoluto, son las bondades del sistema para resolver las necesidades materiales. Ese es el mensaje que circula por la sociedad y sobre el cual se jerarquizan y estructuran los referentes valorativos, unificando las expectativas de quienes se hallan en condiciones de vida tan dispares que resultan incomparables. Para los individuos, solo es posible una única conclusión: dentro del sistema todo; fuera de él, nada.

Los efectos estructurales de la globalización capitalista ponen en tensión el papel de los individuos y tienden a uniformar los comportamientos colectivos, que se explican solo como expresión de intereses

materiales. La ideología burguesa los simplifica como si se tratara de algo natural, en función del lugar que se ocupa en el conjunto de las relaciones sociales. Asimismo, publicita un dinamismo social engañoso y crea la ilusión de que el mejoramiento material y espiritual está al alcance de todos.

Esa prédica, que oculta las reales diferencias y contradicciones, se ve reforzada por el carácter del intercambio de mercancías y su gran fetiche, el dinero, que circula «indiferente a las relaciones sociales que lo determinan». Mientras a las personas se les concede, idealmente, «el sagrado derecho a la libertad» y a la movilidad social, se proclaman inalterables los lugares que definen el régimen de explotación y dominación capitalista, sea cualquiera la forma que asuman. Así, la tramposa libertad queda presa dentro de una red inviolable: el sistema que define privilegios y privilegiados. Consecuentemente, se presentan los conflictos como la alteración de la armonía y no como el resultado lógico de las contradicciones y antagonismos propios del sistema.

Los nuevos tiempos, de grandes conflictos, generan nuevos problemas de complejas soluciones. La preocupación por los alcances de la globalización y su incidencia en las realidades nacionales, el interés por los distintos tipos de relaciones sociales que se promueven, las modernas formas organizativas de la producción, el debate en torno a los nuevos principios éticos y culturales que se conciben y practican, las motivaciones que despierta el papel de lo individual y lo colectivo dentro del tejido social y los vínculos entre el poder, la producción y la vida diaria, sitúan a las ciencias sociales en el compromiso histórico de buscar soluciones viables y de rápido acceso.

La posibilidad histórica de reconstruir un paradigma axiológico alternativo al que se impone por el capitalismo transnacional está en la propia realidad de las sociedades globalizadas. Los legítimos valores humanos, trunco por el poder del dinero, bullen sin cesar en las calientes lavas de los volcanes sociales, que entrarán sorpresivamente en erupción ante tanto desenfreno y desamor.

Nuevos significados del capitalismo actual. Contradicciones y conflictos valorativos

El difícil y complicado escenario del mundo actual muestra cada vez más y como «éxito de taquilla», el melodrama de la vida post. El capital, la tecnología, la fuerza de trabajo, el mercado, la violencia, todo lo que antes circulaba fundamentalmente a escala nacional, ahora discurrirá a nivel mundial, transnacional.

La globalización, proceso que define, a escala planetaria, la expansión capitalista, la internacionalización del ciclo completo del capitalismo (capital-mercancía,

capital-dinero, capital-producción), universaliza también sus discontinuidades, progresos y retrocesos, tensiones y contradicciones, integraciones y fragmentaciones, que le son inherentes.¹

Se trata, como apunta Octavio Ianni, de un nuevo escenario histórico en el cual se mueven individuos y colectividades, grupos y clases sociales, naciones y nacionalidades, geoeconomías y geopolíticas. Todos operan bajo el influjo de las relaciones y contradicciones entre el capital y el trabajo, el mercado y la planificación, la propiedad privada y la colectiva, propietarios y asalariados, mujeres y hombres, jóvenes y adultos, nativos y conquistadores, orientales y occidentales, negros y blancos, islámicos y cristianos. Contradicciones, tensiones y nexos múltiples y diferenciados, que se desenvuelven en todos los lugares a un mismo tiempo.²

La expansión del capital, la mundialización de fuentes de materias primas y mercado laboral, continúa siendo, hoy en día, lo que da forma y contenido a la redistribución y concentración de las riquezas en unos pocos. Carlos Marx, en sus estudios acerca del capitalismo como modo de producción y proceso civilizatorio, alerta sobre sus dimensiones sociales, económicas, políticas y culturales, de amplias proporciones.

Desde el *Manifiesto Comunista* (1848), aparece estratégicamente expuesta la dialéctica de la globalización del capital como proceso necesario y esencial de la lógica histórica del desarrollo capitalista:

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. [...] Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. [...] Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes. Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas o están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no solo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interpretación universal de las

Los proyectos globalizadores del capitalismo contemporáneo apuntan hacia la conformación de una estructura económica y cultural a niveles planetarios, altamente jerarquizada y excluyente, en la que predominan de manera creciente los intereses y valores de las altas corporaciones nacionales.

naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.³

La necesidad de reproducir el sistema del capital como un todo, impone nuevas reglas a las relaciones entre los hombres, el hombre y su sociedad, y el hombre y la naturaleza. Estas, paradójicamente, intentan homogeneizar la vida social y delimitar bien las diferencias y el lugar de cada cual en el sistema de nexos sociales.

Los proyectos globalizadores del capitalismo contemporáneo apuntan hacia la conformación de una estructura económica y cultural a niveles planetarios, altamente jerarquizada y excluyente, en la que predominan de manera creciente los intereses y valores de las altas corporaciones nacionales.

Las significaciones axiológicas que acompañan la lógica expansiva del capital son las que, por esencia, determinan el sentido y dirección del proceso de internacionalización que le es inherente al capitalismo, para constituirse como totalidad mercantil, colonial e imperialista.⁴ Destruyendo barreras espacio-temporales, se organizan los referentes valorativos como soporte teórico, práctico e ideológico del capitalismo monopolista transnacionalizado.

La transnacionalización, proceso que define la era de la globalización, se acompaña, a partir de la década de los 70, del abandono paulatino de las esferas productivas por el desplazamiento del capital hacia los sectores improductivos.

Esta tendencia se manifiesta por medio de la integración del capital financiero a nivel planetario y el despegue de las inversiones directas extranjeras [...] es la era del estancamiento económico, de la baja tendencial de la tasa media de beneficio y de las recesiones cada vez más frecuentes y prolongadas. Es a la vez el período del desmantelamiento del Estado Intervencionista Social, de la progresiva exclusión y de concentración del capital en manos de transnacionales.⁵

Este fenómeno incide directamente sobre los referentes axiológicos: modifica no solo los significados simbólicos, sino el de los hechos y las cosas. La primacía de las inversiones improductivas va restando impulso

a la creación de riquezas materiales y espirituales y, por ende, a la de valores.

Al estimularse las inversiones comerciales y financieras por encima de las productivas, la dinámica económica pierde impulso propio. En su lugar, se dinamizan las esferas especulativas, y la distribución y apropiación de la riqueza existente pasan a ser el eje propulsor de las relaciones económicas. El mercado, en consecuencia, es la plaza de mayor dinamismo. Y, por tanto, el regulador por excelencia de la economía. Al totalizarse las relaciones que el mercado crea a toda la vida sociocultural, los significados se constituyen siguiendo la lógica de la mercadería, siempre al servicio de las necesidades e intereses del capital.

Los nuevos valores desplazan a los ya existentes y la jerarquía axiológica se organiza en correspondencia con los designios de las leyes mercantiles. Este proceso de cambio de referentes valorativos ocurre en la medida en que los sujetos sociales son absorbidos por las relaciones de mercado de las que resulta imposible escaparse en los marcos del sistema.

De este modo se establece un nexo de dependencia entre la conducta humana y los significados que se emiten de acuerdo con el consumo. Los actos consumistas pasan a ocupar un lugar importante en la vida cotidiana, hasta el punto de convertirse en criterio de valoración. Lo bueno, lo bello y lo útil de las cosas, se determinan por el nivel de consumo que posean, independientemente de que satisfagan o no necesidades reales de cualquier orden o resulten de interés social o individual.

El *anything goes* de la lógica capitalista globalizadora se impone ironizando sentimientos, carnavalizando ideales, desplazando valores humanos universales. La solidaridad humana, la confianza en el progreso de la sociedad y el colectivismo se ahogan ante los embates de un mercado que se presenta como única alternativa socioeconómica eficiente. El individualismo recupera nuevos escaños, tanto en los sistemas de valores de la sociedad como en los de los diferentes grupos sociales.

Los logros de la clase obrera en sus luchas reivindicativas, y la propagación y aceptación de valores socialistas, socavaron las bases de muchas de las significaciones que impone el modo de producción capitalista. Sin embargo, al fomentarse la privatización

como solución para recuperar la eficiencia, aumentar el crecimiento económico y dar mayores posibilidades de bienestar social, se promueven los beneficios del capital, único capaz de enfrentar las ineficiencias del Estado. Con esto, los nuevos valores se presentan de manera tal que la pura transferencia de propiedad aparece como generadora de riquezas, cuando en verdad solo logra distribuirla y, al final, concentrarla en cada vez menos, pero más fuertes, manos.

La búsqueda de la maximización de la ganancia y los beneficios es el valor central del proceso de globalización del capitalismo contemporáneo. Sobre dicho valor se conforma el sistema objetivo de valores de la sociedad capitalista, su jerarquía axiológica y la redefinición de los polos de significación. Sin embargo, la verdadera esencia axiológica del capitalismo, su real significado, no se deja ver explícitamente, sino que se esconde detrás de lo que en apariencia se muestra y vende como el valor supremo de la sociedad capitalista actual: la competencia.⁶ Refiriéndose a este proceso, Franz Hinkelammert afirma: «Cuando la competitividad es valor central de la sociedad en nombre de sujetos que maximizan su ganancia sin mediación alguna y cuyo resultado ciego se llama eficiencia, el mercado se totaliza, y cuando este fenómeno tiene lugar a nivel mundial hablamos de globalización».⁷

Se crea la falsa conciencia de que, sin competitividad, no habrá salida a la nueva guerra económica mundial, ni crecimiento o bienestar socioeconómico para los países, y por supuesto ninguna autonomía política para las naciones. Sin competitividad —insisten las transnacionales— no puede ganarse la lucha por los mercados. Bajo estas condiciones, se presentan como las únicas capaces de propiciar ventajas competitivas y, además, como las únicas triunfadoras en esta guerra; se convierten, en fin de cuentas, en la fuerza que dicta las reglas del juego y genera los valores intrínsecos de la sociedad. Al esta organizar su sistema referencial bajo el signo competitivo, se fortalecen los valores que las reafirman como cima valorativa: la sofisticación tecnológica, la propaganda, el mercadeo. La identificación cada vez más estrecha del individuo con estos valores, convierte en abstracciones o ideales fuera de moda las responsabilidades sociales y los compromisos históricos del hombre con su devenir sociocultural. Con esto se frena la posibilidad de desarrollar una conciencia promotora del cambio social y se logra, en su lugar, promover la apatía y el escepticismo político de los sujetos sociales. No se da margen para alternativa socioeconómica alguna que impulse la eficiencia sin competencia.

La competitividad subordina a ella uno de los mayores avances de la humanidad en este siglo: el

desarrollo tecnológico. Win Dierkxsens muestra en sus estudios sobre la globalización y su impacto en América Latina que

la eficiencia de la economía de mercado depende de la competitividad y esa de las inversiones que mejoren la competitividad, entre las que se cuenta el constante desarrollo tecnológico. En la lucha por la competencia, el capital centra su atención en la tecnología. En una coyuntura de débil crecimiento, la agresividad por mantenerse en el mercado aumenta y con ello se deposita fe total en las herramientas para poder sobrevivir como capital. En una coyuntura en que la economía apenas crece, la tendencia de un desarrollo económico más agresivo, significa la exclusión progresiva de mano de obra. En momentos de fuerte expansión, el reemplazo de empleo por tecnología se ve compensado por el desarrollo de nuevas actividades económicas; al estancarse el crecimiento y al ponerse a la vez más agresiva la competitividad, se fomenta el desarrollo tecnológico y con ello la exclusión por dos vías.⁸

La tecnología se destina, fundamentalmente, a desarrollar áreas y productos ya establecidos en el mercado, en lugar de abrir nuevos espacios productivos. Los beneficios que generan las nuevas tecnologías, y estas, son absorbidos por los mismos competidores. Se acentúa así su poderío, dominio y control no solo sobre lo que se vende, sino también sobre lo nuevo que se crea. Por otra parte, la tecnología se convierte en el «remedio santo» para los males sociales de los países subdesarrollados y se culpa a la manera «primitiva y tradicional» que tienen los pueblos del Tercer mundo de producir, y a la no asimilación de «tecnologías apropiadas» del insuficiente y pobre desarrollo económico.⁹

En dependencia de las fuerzas de poder que asuman el derecho a la utilización de los avances tecnológicos, se explica el fin último de estos y, en consecuencia, sus servicios al bien o al mal de la humanidad. No es casual, por ejemplo, que en los últimos diez años las diferencias tecnológicas entre los principales bloques económicos hayan disminuido considerablemente, mientras las desigualdades en todos los campos respecto al Tercer mundo sean cada vez mayores.

Bajo la psicosis de la competencia desproporcionada, la tecnología cambia los significados del trabajo, que se convierte en un bien escaso preñado de un fuerte componente de incertidumbre. El trabajo, ahora, tiene que ser un elemento que contribuya a fortalecer la desigualdad entre los ciudadanos y dar vitalidad a la competencia. La incorporación de los individuos a la actividad laboral, el derecho de todo hombre al trabajo, es un valor humano universal y un principio de igualdad social. Sin embargo, el neoliberalismo proclama hoy la desigualdad como un valor positivo, «porque la igualdad destruye la libertad de los ciudadanos y pone traba a la competencia, de la cual depende la prosperidad de todos».

La exclusión es el rasgo distintivo que acompaña a «la manera más competente de ser eficiente». Al capitalismo de hoy lo define la capacidad intrínseca que tiene para excluir a cada vez más individuos de la dinámica social.

La contención de los gastos de salarios y la restauración de un ejército de reserva permanente se presentan como elementos propulsores y dinamizadores de la economía. Sin dudas, en estos aspectos el programa neoliberal se muestra realista y exitoso. El pleno empleo deja de ser un valor, lo que se justifica por el hecho de que es necesario para reactivar la economía, lo cual traería beneficios «para todos».

El argumento es que el pleno empleo, como valor orientador de la economía, pondría en peligro la situación general del empleo. Se desarrolla así una conciencia de que es prioritario salvar la situación general del empleo aunque ello implique un desempleo estructural creciente, empleos menos estables, peor pagados, etc. El tributo que se brinda en nombre del valor supremo de la competencia, se paga con sacrificios humanos en la modalidad de desempleo, inseguridad económica y social y retrocesos en conquistas alcanzadas.¹⁰

Las modificaciones de los sistemas referenciales valorativos están condicionadas por los cambios de la sociedad en su conjunto. La absolutización del mercado como alternativa histórica y solución única para las ineficiencias económicas y sociales provocan que todas las relaciones y nexos de la sociedad queden regulados por las relaciones de mercado. Se produce lo que Hayek llama la «identificación de los individuos y la sociedad con el mercado total». Para este autor, dicha identificación se logra espontáneamente, por la continua pérdida de poder del Estado Intervencionista Social. En realidad, esto es solo expresión de un proceso de transmutaciones económicas, sociales y culturales mucho más profundas. La identificación con el mercado sustituye los compromisos individuales y colectivos con la sociedad por compromisos del individuo solamente con ese mercado, que lo engulle hasta privarlo de su condición de «ser comunitario» y dejarlo en el «hombre egoísta».

Los valores vinculados a la pertenencia de los individuos a una comunidad, el respeto a la identidad y el derecho a tener deberes con la colectividad, son rechazados como valores modernos, que necesitan ser superados para entrar a formar parte del mundo posmoderno. Valores que históricamente emanciparon al hombre y lo devolvieron a su condición humana, se truecan ahora por recompensas monetarias que contaminan la conciencia.

La exclusión es el rasgo distintivo que acompaña a «la manera más competente de ser eficiente». Al capitalismo de hoy lo define la capacidad intrínseca que tiene para excluir a cada vez más individuos de la dinámica social. Hay quienes son excluidos luego de largos años de participación en el sistema. Hay otros, cuyo número aumenta por día en proporciones geométricas, que nunca llegan a participar. Son los eternos excluidos.

Resulta irónico que se utilice por los ideólogos del neoliberalismo un fundamento axiológico como criterio de exclusión. Esto se explica como consecuencia de la incapacidad de algunas personas de incorporar a sus sistemas referenciales los nuevos valores de la sociedad que se modernizan y desarrollan. En la conciencia de los individuos, la ideología globalizadora siembra el temor a no poder alcanzar el máximo ideal y se propaga la idea de que quedar excluidos es el resultado de la ineficiencia personal.

De este modo, los sistemas de valores individuales se reducen a la nada. Se intenta, por encima de todo, ser eficientes ante los valores supremos de la sociedad, y cuando esto no ocurre, por las razones que sean, hay que salir del juego sin posibilidad de retorno. Al subordinarse totalmente las escalas de valores individuales a las que hacen, imponen y venden las transnacionales, la autoestima y el respeto de cada hombre quedan sometidos al control y diseño del gran capital. La dignidad humana se pierde en el laberinto del dólar.

Pero contrariamente a lo que el mundo del capital proyecta, ocurre que los excluidos en su nueva condición de «sin nada», necesita organizar nuevamente sus referentes valorativos y comienzan, de esta forma, una recuperación de los significados y una preocupación por lo que se es y por el mundo en que se vive. La lucha por la inclusión, que en las nuevas condiciones capitalistas alcanza dimensiones mundiales, es el principio para poner fin al neoliberalismo y comenzar la reconstrucción de una totalidad plural alternativa al capitalismo. La verdadera inclusión será aquella que propicie la participación directa de los sujetos no solo en las partes del sistema, sino en el propio sistema como un todo integrado y coherente.

El reordenamiento axiológico que precisan los tiempos actuales solo es posible si se cambian los modelos mentales que operan con una visión rígida y estática de la totalidad social. La deshomogeneización

El proceso de diferenciación que se esconde tras la imagen del pluralismo cultural enfatiza y recalca las desigualdades estructurales, culturales e históricas de los países latinoamericanos. Y la aún insuficiente comunicación e integración existente entre ellos contrasta con la subalterna y dependiente conexión con el mundo occidental.

de la vida socioeconómica y cultural ocurrirá en la medida en que las múltiples formas de expresar, conocer y valorar se pongan en función del desarrollo humano general.

La globalización cultural. América Latina ante una reconstrucción axiológica alternativa

La efectividad del discurso globalizador y su realización en la práctica social latinoamericana reposan en la reproducción y multiplicación de la «lógica cultural del capitalismo avanzado».¹¹ La descontextualización de los referentes culturales y la deconstrucción de las identidades se ocultan en la ideología globalizadora bajo la máscara de una nueva construcción axiológica multicultural y diversa, sin negar que dicha diversidad cultural debe subordinarse totalmente al mandato soberano del mercado.

La necesidad del capital de reproducir sus relaciones y contradicciones a escala internacional para afianzarse con poderío absoluto —no solo sobre la vida material de los pueblos, sino también sobre su espiritualidad—, impone patrones conductuales, culturales y de valoración de obligada aceptación. Con este objetivo se exportan, desde los países occidentales —centros de la cultura mundial—, «modelos de desarrollo» con los cuales se trata de frenar la proliferación de proyectos económicos y socioculturales propios y afianzar, además de los procesos productivos, formas de actuar, pensar y crear.

Con la transnacionalización de la cultura, la humanidad sufre una de sus crisis de valores más violentas. La expansión y desterritorialización de las industrias culturales, la concentración y privatización de los medios de comunicación, la expansión y homogeneización de las redes de información, el debilitamiento del sentido de lo público y lo privado, son condiciones necesarias para garantizar la eficiencia de la globalización capitalista; pero, además, causas del escepticismo político, la apatía social, y el descrédito de los significados más progresistas en la historia humana.

La globalización cultural interfiere significativamente en la dialéctica socio-histórica del desarrollo de los pueblos. La homogeneización de los productos culturales y de los mercados de bienes simbólicos cierra, cada vez más, las posibilidades de creación libre, y promueve una creatividad condicionada por el gran capital.

El Reporte de la Comisión Mundial en Cultura y Desarrollo de la UNESCO, 1997, llama la atención sobre la manera en que se han vuelto globales los estilos de vestidos, peinados, hábitos alimentarios, ejercitamiento físico, tonos musicales, actitudes hacia la sexualidad, el divorcio, el aborto, las drogas, el abuso o violaciones de mujeres y la corrupción. Todo esto, al unísono con la elevación desmesurada de las tasas de exportación de los países desarrollados, el continuo aumento de los negocios privados, la venta desproporcionada de tecnología militar, materiales nucleares y equipos para la producción de armas bacteriológicas y químicas.¹²

Mientras los países desarrollados participan con el 68% del total de exportaciones de bienes culturales —medios impresos, literatura, música, artes visuales, cine, fotografía, programas de radio y televisión, juegos y bienes deportivos—, los países en desarrollo, en los que vive el 77% de la humanidad, participan con el 31,8%.¹³ El sistema de comunicación e información del poder hegemónico a escala global reproduce sus gustos e intereses, disfrazados con el estandarte del «pluralismo cultural».¹⁴

De cierta manera, la pluralidad cultural ha abierto espacios para la divulgación de las culturas no occidentales. Pero ha introducido una nueva sed de exotismo, portadora de un occidentalismo pasivo, que se propone universalizar paradigmas y condicionar las producciones espirituales del mundo periférico de acuerdo con lo que se espera para el consumo de los centros.¹⁵ Se promueve, en consecuencia, una pluralidad jerárquicamente estructurada según los valores que se definen por las estrategias del mercado. El proceso de diferenciación que se esconde tras la imagen del pluralismo cultural enfatiza y recalca las desigualdades estructurales, culturales e históricas de los países latinoamericanos. Y la aún insuficiente comunicación e

integración existente entre ellos contrasta con la subalterna y dependiente conexión con el mundo occidental.

La globalización crea y divulga la racionalidad cultural de los poderosos, aunque se haga acompañar siempre de representaciones quiméricas que se oficializan e incluyen en el propio discurso globalizador: «un presente de sacrificios para un futuro de bienestar». Las vidrieras de los majestuosos *shopping centers*, que «adornan y modernizan» las ciudades del continente, se presentan como un muestrario de que ese futuro está llegando. La cultura transnacional, con sus potentes medios de comunicación e información, vende felicidad a cambio de almas.

Los valores que el capitalismo transnacional exhibe, se sustentan en el fuerte contenido unificador de la cultura que lo caracteriza. El imaginario capitalista atrae en función de la convincente racionalidad que se atribuye y de los valores que induce; valores humanos universales utilizados para estructurar sistemas referenciales ideales, como si fuesen los que realmente actúan en la sociedad. Así se promueven valores como democracia, derechos humanos, libertad, justicia, los cuales nunca se presentan en su verdadero significado, sino en aquel que se les quiere dar a través de una mal intencionada manipulación de los conceptos.

En la ideología capitalista se explota al máximo la posibilidad de organizar estructuras jerárquicas idénticas para sujetos sociales diferentes, sin considerar sus necesidades e intereses. Esto se logra al presentarse el concepto que designa al valor como si fuera el contenido que objetivamente posee. Aparentemente, se homogeneiza la diversidad valorativa. Sin embargo, a la hora de llenar los conceptos de significados históricos concretos, las divergencias se acentúan y las contradicciones axiológicas se vuelven irreconciliables.

La lógica cultural globalizadora se apoya en la capacidad económica del sistema capitalista. El productivismo ideológico¹⁶ se difunde como valor universal para justificar las políticas de dominación y control absoluto, sobre la base de que las transformaciones socioeconómicas y los cambios políticos que operan en las sociedades latinoamericanas son necesarios para el desarrollo y mejoramiento del nivel de vida de los ciudadanos y el ensanchamiento de sus posibilidades de libertad. La cultura del mercado total lanza, minuto a minuto, el seductor mensaje de cómo vivir mejor.

Para nadie deben quedar dudas —después de consumir enlatados del mundo posmoderno— que la suerte de su destino está dada por el «progreso»

económico. Asimismo, el no quedar fuera depende de la capacidad de actuar en el mercado.

La inclusión dentro de este desenfadado mundo del «progreso» pasa por la capacidad de compra de los bienes que ofrece y que permiten, además de usufructuarlos, situarse en la carrera del saber que transforma a los instrumentos en intermediarios de los poderes que los producen y también en instrumentadores, por el control remoto de quienes corren para «no perder el tren». Es un mundo con pocos dueños, muchos adictos dependientes y tantos otros marginados de ese olimpo tecnológico-mercantil.¹⁷

La ilusoria imagen de que la felicidad está al alcance de todos genera una adicción por la imaginación de lo por venir; aunque sea solo imaginación trunca, sin final, sin creación, sin realidad. El modelo cultural conservador indica cuánto se avanza, cómo se va eliminando la pobreza, qué tan óptima es la producción. Bajo este influjo los referentes de significación se conforman siguiendo una falsa percepción de la vida socioeconómica y cultural por el «simulacro comunicacional precocido».¹⁸

No es casual, entonces, que sobre la cultura vaya dominando el discurso económico, desplazando los significados culturales e incidiendo sobre la diversidad expresiva y valorativa. A esto se suma el interés de la ideología dominante por no traspasar los límites del discurso económico, su principal fortaleza y de la que emana la lógica sistémica.

Está tan universalizada la cultura capitalista y tan asimilados sus sistemas de valores que es común rechazar o no aceptar cuestionamientos a su esencia. Por lo general, resulta difícil ver lo que está fuera de nuestro campo visual, ya sea por asumirlo tal como es, o por impotencia. El fetichismo cultural impide, en muchas ocasiones, determinar con exactitud el valor real de los hechos y las cosas. El sistema subjetivo de valores que las transnacionales crean y venden se consume libremente, y los individuos estructuran sus escalas axiológicas, a imagen y semejanza de lo propuesto, para servir al capital.

La homogeneización cultural, que se impone como vía para enraizar la cultura del poder, se disfraza axiológicamente; sustituyendo valores o contraponiendo significados como verdad y tolerancia, unidad y pluralidad, democracia y competitividad, libertad e igualdad. La exuberancia cultural, la multifacética capacidad de expresión, la diversidad, son contrarios a la uniformidad que induce la dinámica capitalista. Sin embargo, esta uniformidad se esconde tras el desborde de manifestaciones del mundo de las mercancías y supera largamente la capacidad de consumo de las personas. En el mercado se explota la variedad, casi siempre, sin consideración

estética o ética alguna, solo bajo el influjo de la utilidad y la máxima ganancia.

Al actuar el mercado sobre la cultura como patrón referencial valorativo, se abandonan los significados extramercantiles para evaluar los objetos culturales. La abundancia de ellos, a disposición de los consumidores del mundo, induce a identificar solvencia con cultura. De aquí que la cuantificación se utilice como mecanismo de evaluación del desarrollo cultural individual y social. Con frecuencia, la crítica artística problematiza el supuesto de que las instituciones culturales cumplen mejor su papel cuanto más público reciben, y que la televisión y la radio son exitosas porque alcanzan audiencias millonarias, sin realizar estudios cualitativos para evaluar el modo en que se emiten, reciben y procesan los mensajes culturales.

El acceso a los bienes de la cultura debe tener lugar desde el momento en que se prepara al individuo para recibir los significados que el producto cultural posee. Esto no quiere decir que tenga que haber una identificación total entre la interpretación del receptor y el sentido propuesto por el creador. Se trata de encontrar una real correspondencia del acto de creación de valores culturales con su asimilación por la comunidad.

Los frecuentes desencuentros ideológicos en el ámbito cultural han llevado cierto relativismo axiológico¹⁹ a la hora de valorar los bienes culturales. Se trata de dar la imagen de la creación despojada de sentidos; para ello, se dejan disponibles «espacios virtuales», «textos abiertos», «elementos imprevistos». Los valores se subordinan al acto interpretativo o de valoración, que en general se muestra dependiente de la relación entre los creadores, el mercado y los consumidores.²⁰ Como resultado, se produce la desvalorización de las expresiones y el distanciamiento de las tradiciones culturales.

El relativismo es uno de los valores medulares de la cultura moderna, impuesto al planeta por el proceso de expansión capitalista. Con el pretexto del multiculturalismo se promueve el relativismo, que se vuelca sobre las creaciones culturales para despojarlas de significados y sentidos histórico-concretos. Tal relativismo está diseñado para detener la creación que pueda desafiar, criticar y demover el *status quo* conservador.

Cada vez más, se da por sentada la idea de que las diferencias socioculturales están fijadas y determinadas para siempre, por lo que cualquier propuesta de cambio social o cívico, de base común, tiene que partir del supuesto de la desigualdad social y cultural absoluta. La diversidad cultural sustentada en el relativismo axiológico se convierte, de hecho, en una forma más de discriminación, racismo y exclusión. Los valores

culturales contribuyen al mejoramiento humano no cuando se consumen, sino cuando se asumen en relación con la historia social que los genera.

La globalización ha reproducido a escala internacional la contradicción de la cultura moderna: el cosmopolitismo y la balcanización. La intelectualización extrema de la cultura, hecho que acompaña al desarrollo capitalista, produce un alejamiento continuado de las masas del valor cultural. La relación de extrañamiento hacia los nuevos significados culturales acentúa el carácter elitista de un tipo de cultura que, contrario a lo que aspira, obliga a crear sistemas referenciales diferentes, alternativas para cubrir las necesidades espirituales de los grupos «deculturados».

Al producirse la fragmentación de los valores espirituales, se agudizan las contradicciones entre lo culto y lo popular. La cultura «cultivada» se vuelve cada vez más «pura» y compleja, más llena de palabras «raras», y las masas populares se van distanciando de todo contacto no solo con el estrato «elevado» de la cultura, sino con la propia cultura tradicional, al ceder esta en su capacidad de conservación y expansión.²¹

A la par de su cosmopolitización marcha la balcanización de la cultura occidental. No se puede negar la capacidad desarrollada por el gran capital para imponer, homogeneizar, pero al mismo tiempo, asimilar y reciclar valores que convaliden sus requerimientos económicos, políticos, jurídicos, culturales. Afirma, con razón, Gerardo Mosquera, que la conducción eficiente del capital demanda

conocer las particularidades de cada pieza del sistema, y esta ampliación del conocimiento trae aparejada una superación de ciertos localismos occidentales, que resultaban demasiado estrechos para actuar sobre la variadísima gama de todos los pueblos del mundo. Es la invasión planetaria del capitalismo de Europa y Norteamérica y la transformación del resto de las sociedades lo que impone universalmente una cultura «internacional», que no es otra cosa que la cultura particular de aquella parte del mundo donde se desarrolló el régimen económico de avanzada. Cultura que, por lo tanto, se encuentra capacitada para actuar en la problemática del mundo actual. La cultura occidental es la lengua de nuestra Torre de Babel; es el idioma que hace continuar la erección de la Babel contemporánea.²²

Lo que ocurre realmente es la mediación de la cultura homogeneizada occidental entre las demás culturas. Nadie escapa de la lógica cultural transnacional: «hasta los grupos étnicos más remotos son obligados a subordinar su organización económica y cultural a los mercados nacionales, y estos son convertidos en satélites de las metrópolis, de acuerdo con una lógica monopólica».²³

Cosmopolitización y balcanización, homogeneización y fragmentación son los efectos paradójicos de la globalización cultural. Ellos se presentan como contrarios

dialécticos, polos opuestos que se presuponen y complementan para desterritorializar y deshistorizar los valores de la cultura. La cultura del poder, con sus producciones, representaciones y referentes, afecta considerablemente los procesos socioculturales en curso que buscan salidas alternativas al neoliberalismo. De aquí la dificultad para captar en qué medida estamos siendo llevados por la corriente histórico-social de la globalización.

Ante esta realidad, no es posible sustentar una concepción de la cultura basada en las antiguas premisas de las fronteras simbólicas. La cultura se da hoy en el cruce incesante entre lo local y lo transnacional, entre lo culto, lo popular y lo masivo.

El imaginario integrador que tiene la cultura latinoamericana (por esencia e historia de formación y desarrollo) se ha ido consolidando en los distintos proyectos independentistas y libertarios. En la actualidad, ese imaginario no puede reducirse a lo económico o a lo político, ni a una identidad cultural uniforme e indiferenciada. Se hace necesario rescatar ese imaginario histórico con una visión diferente de la cultura, desde los nuevos significados culturales que se proyectan. No por nuevos y alternativos son menos integradores.

Al mismo tiempo que la globalización procesa la desterritorialización de las culturas, a nivel nacional se procesa una nueva forma de delimitar las fronteras culturales. Estas están en las diferentes franjas etarias, en las diferencias culturales, en la confrontación con lo regional, lo nacional y lo transnacional, en las desigualdades económicas y sociales entre las clases y los países.

Uno de los efectos de los medios de comunicación sobre las llamadas culturas populares es que todas las formas directas de interacción social son sustituidas por formas mediadas por un amplio sistema de comunicaciones, la mayoría de las veces completamente extraño o distante de aquella realidad. Los mercados simbólicos se reorganizan de forma contraria a la tradicional. Las culturas populares tradicionales son rearticuladas y refuncionalizadas de acuerdo con esta nueva óptica. Se impone la masificación del consumo y la introducción de técnicas industriales en relación con la producción de bienes culturales.

El gran dilema está en cómo sobrevivir culturalmente dentro de la globalización y en cómo permanecer en su esquema, sin perder la identidad cultural, la creatividad y la inspiración. El desafío consiste en un esfuerzo deconstructivo de la cultura del desarrollo, mostrando en sus distintos pliegues los gazapos ideológicos que arrastra, la acriticidad de sus postulados, el olímpico desprecio por la naturaleza singular del continente latinoamericano, su reiterado fracaso como opción socio-económica para el bienestar

social; al mismo tiempo que se reconstruye una totalidad plural capaz de superar los esquemas tradicionales de los significados y sentidos impuestos por el capital.

La reconstrucción axiológica que América Latina precisa debe partir de su experiencia histórica y de crear las condiciones para despojarse definitivamente de las perspectivas monoculturales que se resisten al diálogo intercultural. La fundación de una nueva dinámica de totalización universal —basada en el reconocimiento, el respeto y la solidaridad recíproca— es el presupuesto teórico y práctico para proyectar una alternativa civilizatoria al capitalismo globalizador.

Junto a los nuevos significados que brotan de las entrañas contradictorias del capital, asistimos también a la emergencia consciente de tradiciones de pensamiento y valores sepultados y marginados por la dinámica de expansión imperial que trata de uniformar la historia.

El paradigma axiológico intercultural que América Latina reclama debe fungir como plataforma desde la que se abra un modo de ser, pensar y actuar propio, articulado a lo universal y que fomente una actitud desprejuiciada y crítica hacia la cultura.

Notas

1. Colectivo de autores, *Modelo para desarmar. Referentes en controversia del pensamiento emancipatorio latinoamericano*, Instituto de Filosofía, La Habana, 1997.
2. Octavio Ianni, «O socialismo na época do globalismo», 1997, p. 5 [inédito].
3. Carlos Marx y Federico Engels, *Manifiesto Comunista*, Selección de textos, Editorial de Ciencias Sociales, t. 2, p. 264-5.
4. El capitalismo desde sus inicios se presenta como un proceso de dimensiones internacionales. Traspasando fronteras geográficas, históricas, culturales y sociales se conformó y desarrolló. A este fenómeno hace referencia Carlos Marx en los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* cuando señala que «El capital por esencia tiende a destruir toda barrera espacial para conquistar la tierra como un mercado. Para ello necesita reducir al mínimo el tiempo para moverse de un lugar a otro de modo que las dimensiones espaciales se anulen en función de ese tiempo. Cuanto más se desarrolla el capital, cuanto más extenso y fuerte es el mercado en que circula, mercado que constituye la trayectoria espacial de su circulación, tanto más tiende a extenderse el mercado con una mayor anulación del espacio a través del tiempo». En esto consiste según Marx, la diferencia específica del capitalismo respecto a las formas anteriores de producción y que aparece como «tendencia universal del capital». Véase Carlos Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, v. 2, Siglo XXI, México, D. F., 1976, p. 30-1.
5. Win Dierckxsens, *Los límites de un capitalismo sin ciudadanía*, Colección Luciérnaga, Costa Rica, 1997, p. 17.
6. La competencia ha sido siempre un valor de la sociedad capitalista. Ella ha sido necesaria para el desenvolvimiento de la economía

Georgina Alfonso González

burguesa. Sin embargo, en los años de verdadero crecimiento de la economía capitalista, la competitividad no se mostraba tan agresiva: se ocultaba tras la falacia del bien común. Pero ahora, cuando las riquezas se concentran en cada vez menos manos, la competencia actúa como legitimadora de la ganancia, sobre la base de la exclusión y la pobreza. Véase Franz Hinkelammert, *Crítica a la razón utópica*, DEI, San José, Costa Rica, 1984.

7. Franz Hinkelammert, *Cultura de la esperanza y sociedad sin excluidos*, DEI, San José, Costa Rica, 1995, p. 214-20.

8. Win Dierckxsens, ob. cit., p. 51.

9. Albert Urevbu, *La cultura y la tecnología*, UNESCO, 1997.

10. Win Dierckxsens, ob. cit., p. 50.

11. Frederic Jameson, *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1991.

12. *Nuestra diversidad creativa*, Reporte de la Comisión Mundial en Cultura y Desarrollo, UNESCO, 1992.

13. *Ibidem*.

14. La intención de los centros de poder de introducir una actitud relativista en la cultura respecto a la manera de asumir la diversidad cultural e insertarla en los valores propios de cada región, pueblo o nación ha estado presente a lo largo de la historia latinoamericana. En dependencia de cómo se solucione y plantee el problema de la relación entre los valores universales y propios será la actitud que se asuma en cuanto al progreso sociocultural; continuar sirviendo a los intereses y necesidades de los centros de poder o constituir una práctica liberadora que actualice y enriquezca el acervo cultural latinoamericano sin desprendernos de la cultura universal.

15. Georgina Alfonso, *La polémica sobre la identidad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997.

16. Jorge Cerletti, *La cultura y el contenido político del discurso económico*, 1996 [inédito].

17. *Ibidem*.

18. Eduardo Rosenzwaig, «Las condiciones del escritor en el colonialismo tardío», *Casa de las Américas*, n. 204, 1996.

19. Es necesario diferenciar entre el relativismo axiológico que se promueve como valor de la cultura post, intentando despojarla de sentidos prácticos y de compromisos históricos, y la relatividad en la valoración cultural. En esta esfera de la espiritualidad humana, actúan con fuerza el coeficiente de sensibilidad innata a las personas, la educación estética y el sistema de normas y códigos artísticos. Todos ellos se mueven en los marcos de la relatividad de la percepción y de la apreciación, sin que por esto los bienes culturales pierdan su valor histórico y universal. El relativismo cultural se justifica, con frecuencia, por el entrecruzamiento cultural como resultado de la universalización de la cultura de occidente. Maurice Crouzet, en su *Historia general de las civilizaciones*, lo da como característica de la época contemporánea y necesario para «interpretar el orbe como un enorme sistema del cual lleva el timón».

20. Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para encontrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México, D. F., 1989, pp. 191-8.

21. Gerardo Mosquera, *El diseño se definió en octubre*, Arte y Literatura, La Habana, 1989, pp. 27-92.

22. *Ibidem*, p. 33.

23. Néstor García Canclini, *Las culturas populares en el capitalismo*, Casa de las Américas, La Habana, 1982, p. 30.

© TEMAS, 1998.